

I

Éste es un relato sobre el amor y la esperanza y sobre cómo dos desconocidos se salvan mutuamente en lo que parece ser el último momento posible.



Era otra tórrida mañana de julio en Mission District, un barrio de San Francisco donde cualquier tipo de vegetación y belleza parecían haberse esfumado. Los castaños y los árboles menta, también conocidos como mirto sauces, que antaño crecían en el lugar habían desaparecido y donde antes hubo césped ahora había un asfalto tan negro como el regaliz.

Lupe, que patinaba en el patio del edificio donde vivía, parecía ser lo único bonito del paraje. Una energía fresca y nueva se desprendía de ella. Tenía once años y era ágil y llevaba su larga melena negra recogida en una coleta. Bajo una cierta luz, irradiaba una eterna belleza que le otorgaba más años de los que tenía: parecía la santa de un fresco italiano. Pero cuando sonreía con su pícaro sonrisa y se le marcaban los hoyuelos en las mejillas, volvía a tener el aspecto de una niña.

Zigzagueando en el patio cantó en voz baja: «El amor

me hace sentir bien. Es una expresión de mi dicha interior».

Lupe se detuvo de pronto para admirar el rosal enroscado alrededor de la valla de tela metálica lleno de flores de color albaricoque.

Alzó la vista hacia la ventana de un apartamento del segundo piso donde como, por arte de magia, apareció el rostro surcado de arrugas de una anciana con la piel morena.

—¡Abuela, mira!

—Sí, sí. ¡Son muy bonitas! Ten cuidado con las espinas —le advirtió la anciana, pero la música salsa que retumbaba en el interior de la casa amortiguó sus palabras.

De todos modos Lupe no le habría hecho caso, sólo se fijaba en la belleza de las flores.

Pero a Juana Saldana no le importaba, había sido ella quien le había enseñado a su nieta a tener esa actitud. Era la forma de sobrevivir de la familia.

La abuela se retiró de la ventana y se dirigió al interior del apartamento donde se oía el ruido de cajas desplazadas de lugar y de martillazos. La destartada vivienda estaba equipada con electrodomésticos viejos y alfombras desgastadas. Un anciano mayor que la mujer caminaba en silencio sosteniendo una gran maceta. Depositó la planta en la sala de estar y luego se retiró.

Además de los martillazos, se oía ahora un zumbido que venía del apartamento de al lado, el 206.

—¡Ya te he oído, ya te he oído! —gritó una irritada voz masculina pulsando el botón del interfono.

La puerta del apartamento se abrió de par en par revelando el furioso rostro de Jonathan Page, un tipo alto y cincuentón. Su cabello entrecano le confería un aspecto distinguido y disoluto a la vez, parecía un príncipe caído en desgracia en tiempos difíciles. Su fino rostro tenía los pómulos marcados y los labios carnosos. Llevaba una cara camisa de lino manchada de salsa de tomate y unas gafas oscuras con montura metálica. En la mano derecha sostenía un puñado de dólares.

—¿Aún no has entrado? —preguntó asomándose por la ventana que daba al patio de la entrada.

El timbre del interfono siguió sonando.

—¡Por Dios, si ya te he abierto! —vociferó furioso metiéndose en el apartamento y pulsando de nuevo el botón del interfono.

—Hola, traigo un paquete para... —dijo la voz del repartidor.

Jonathan le interrumpió; siempre estaba enojado. Últimamente se enfurecía por cualquier motivo. A lo largo de esa semana ya había estallado con el hombre que tomaba la lectura del contador de la luz, con el repartidor de comida china y con el peluquero que le cortaba el pelo una vez al mes. ¿Por qué? Porque odiaba vivir enclaustrado en ese horrible apartamento, dependiendo de los demás.

—¡Que te den! Sólo pienso abrirte una vez más. Cuando oigas el zumbido, abre la puerta. Es ese gran objeto metálico que tienes delante de las narices.

Soltando palabrotas, pulsó de nuevo el botón del interfono. El repartidor abrió por fin la puerta y entró en el edificio.

Lupe dejó de patinar y se quedó plantada en el patio, contemplando fascinada a Jonathan asomándose por la ventana.

La música de salsa que retumbaba en el apartamento de al lado sonaba incluso más fuerte.

—¡Quitad esa música! —gritó Jonathan mientras se le caían varios dólares de la mano—. ¡Maldita sea! —exclamó poniéndose a gatas y palpando el suelo para buscarlos.

Al llegar al rellano, el repartidor se encontró con el hombre palpando el suelo.

—Traigo un paquete para el señor Page.

—Sé mi nombre, muchas gracias —respondió Jonathan palpando aún el suelo hasta encontrar el último dólar. Se levantó con dificultad y le entregó el dinero—. Aquí tienes el importe exacto.

Abajo se oía el sonido de patines. Lupe, que había entrado en el vestíbulo, estaba ahora plantada al pie de las escaleras con la cabeza alzada.

—¡Y además está prohibido entrar con patines en el edificio! —añadió Page mirando hacia abajo—. ¿Por qué no te vas a patinar a la calle? Es más peligroso.

El repartidor cogió el dinero y siguió a Page al interior del apartamento. Fue en ese momento cuando le vio la cara.

—¡Oh, lo siento!, no me había dado cuenta de que es ciego.

Jonathan, frunciendo el ceño, le dio la espalda.

—Deja el paquete sobre la mesa y coge el otro. Está listo para enviar. Y ten cuidado con él.

—¡Jolín!, que soy todo un profesional.

—¿Jolín? ¿Quién habla así? —apuntó Page remilgadamente alejándose.

—Pues seguro que conoces la palabra *gilipollas* —murmuró el repartidor girándose para irse.

Al bajar ruidosamente las escaleras, se topó con Lupe y le lanzó una mirada de exasperación y camaradería.

—Caramba, ese tipo es un monstruo.

—Sólo está confundido.

—¿Le conoces?

—No —le respondió ella titubeando—. Aún no.



Lupe vivía con sus abuelos, pero a menudo pensaba en sus padres, que habían regresado a México. En los últimos años ambos perdieron su trabajo en Estados Unidos: su padre trabajaba en la construcción y su madre era la encargada de un hogar de ancianos. Al ser emigrantes ilegales, no podían cobrar el paro y por más que lo intentaron no les salió ningún otro empleo.

Cada noche al volver a casa sus padres le rehuían la mirada, hablando preocupados en voz baja. Lupe advirtió que contaban los desgastados dólares apilados en el fondo del cajón del tocador de su madre. La cara jovial de su padre se fue demacrando y llenando de arrugas. Vio que su madre había descubierto nuevas formas de preparar el arroz y los frijoles cada noche.

Los últimos meses, cuando su situación se volvió desesperada, la familia se vio obligada a tomar una dura decisión sobre quién regresaría a México y quién se quedaría

en Estados Unidos. Al final decidieron que Lupe se quedaría con sus abuelos y que sus padres regresarían a México. La pequeña recordó —con una punzada de dolor— la terrible conversación que mantuvo con sus padres cuando su madre la llamó a la sala de estar y con voz seria le anunció:

—Papá y yo regresamos a México. Por ahora no nos queda más remedio que hacerlo.

Cuando Lupe se echó a llorar, su madre la estrechó entre los brazos.

—No es para siempre, mi amor —dijo conteniéndose para no romper ella también a llorar—. Es por el bien de todos.

El hecho de tener que irse por motivos económicos no hizo más fácil la separación.

Lupe echaba de menos los momentos en que su padre se sentaba a su lado mientras ella estudiaba las lecciones de historia y le ayudaba con las matemáticas. Y también las risas de su madre por la mañana alegrándole el día.

Incluso echaba en falta Axochiapán, el pueblo mexicano donde había nacido, un lugar exuberante, hermoso y extremadamente pobre. Cuando vivía con sus padres apenas pensaba en él, pero ahora que ellos estaban tan lejos soñaba con las buganvillas, la laguna del lugar y la cálida sensación que le producían los vecinos reuniéndose después de cenar en los patios traseros para relajarse. Recordaba cómo María, su mejor amiga, venía a verla y jugaban en el polvoriento patio. Lupe siempre hacía de maestra o enfermera y María de alumna o paciente. Ambas planeaban hacer una carrera de mayores, a diferencia

de sus madres. Soñaban con ir a la universidad, tener su propia bicicleta e ir solas al supermercado a comprar lo que se les antojara.

Lupe ansiaba ir a México para ver a sus padres y a sus amigas, pero su abuela le dijo que no era posible. Que no había dinero para semejante lujo. Además, ¿qué pasaría si no le permitían a Lupe volver a entrar en Estados Unidos?

Su abuela le recordó que el corazón del abuelo no soportaría más dificultades ni malos tragos. Pero Lupe ya lo sabía, no era necesario que se lo recordara.

Quería a su abuelo con locura, con su rostro ajado, su cara de sueño y su paso de tortuga. Raúl Saldana había sido en el pasado un hombre vital y fuerte que construía casas y talaba árboles. Lupe no recordaba esos tiempos —antes de que un enfisema y una enfermedad cardiaca lo dejaran sin fuerzas—, pero las fotografías esparcidas por el apartamento demostraban que era cierto. También mostraban a su abuela en otra etapa de su vida, cuando era una hermosa joven de ojos negros con el pelo adornado con camelias. En las fotografías posaban ataviados con ropa lujosa: su abuelo llevaba un sombrero de alas anchas y una camisa bordada, y su abuela un vestido de falda amplia con volantes y mucho vuelo. Parecían las personas más vitales del mundo, como si nunca fueran a envejecer. Para Lupe aquellos jóvenes vivían con los ancianos en los que sus abuelos se habían convertido ahora. Algunas noches casi podía verlos, superpuestos a sus ajadas versiones actuales, bajo el mortecino resplandor del televisor.

Cuando Jonathan sintió una corriente de aire viniendo del hueco de la escalera, descubrió que el repartidor había dejado abierta la puerta del apartamento e, indignado, fue a cerrarla. Pero de pronto se topó con el aroma a lima de la colonia después del afeitado que anunciaba la presencia del señor Antunucci, el casero. Desde que se había quedado ciego, Jonathan había descubierto que cada persona emanaba un aroma especial que le precedía y rodeaba como un aura, y a veces también aparecían en su mente colores sutiles. Aunque nunca se lo había contado a nadie. El señor Antunucci, además de despedir un aroma cítrico, estaba rodeado de una nube rosada.

—¿Qué es ese jaleo en el piso de al lado?

—Hola, señor Page —le saludó Antunucci con una voz que sugería que llevaba tiempo aguantando pacientemente las quejas de su inquilino—. Estoy instalando una agarradera en la bañera de sus vecinos.

—¿Y por qué los Lee necesitan una agarradera?

—Los Lee se mudaron el mes pasado. Ahora han subarrendado el piso a una pareja de ancianos. Los Saldana.

—Deben de ser muy mayores para necesitar una agarradera.

—Usted también se hará mayor un día.

—Lo dudo —murmuró Jonathan.

—Sólo lo han alquilado para un par de meses. Uno de ellos recibe un tratamiento en el hospital de enfrente.

—¿En ese lugar de mala muerte? Dígalos que si van a ese hospital pillarán una buena infección.

—Intente ser amable con ellos.

Un anciano, tirando lentamente de un carrito con un tanque de oxígeno, salió del dormitorio y se dirigió hacia el pasillo.

—Buenos días, señor Saldana —le saludó Antunucci.

—Buenos días —respondió con dificultad el anciano y luego sufrió un largo ataque de tos con flemas. A sus espaldas se oía la música salsa retumbando en el apartamento.

—¡Que Dios me ayude! —exclamó Jonathan sacudiendo la cabeza resignado mientras regresaba a su apartamento.

—Lo necesitará —masculló Antunucci.

Lupe, que había estado escuchándolo todo desde el apartamento de los Saldana, salió patinando y miró el nombre que figuraba en la chapa de metal de la puerta de su vecino.

—Éste es Jonathan Page, el hombre más infeliz de la Tierra —observó el señor Antunucci.



Jonathan no había sido siempre el ciego cascarrabias que se metía con los vecinos y el mensajero. Hubo un tiempo en que estaba en boca de todos, era un artista famoso y

formaba parte de un círculo de hombres jóvenes atractivos y elegantes. Sus obras se exponían en Nueva York y Los Ángeles, y en las capitales europeas. Su fotografía parecía estar siempre en la sección de moda del *New York Times*, sonriendo en una fiesta o en una inauguración, siempre pulcro y atractivo, siempre en primera línea. Habían aparecido reseñas sobre él en el *LA Times* y el *Chicago Tribune*, y estaba tan acostumbrado a que le entrevistaran en la tele que al final ni siquiera se ponía nervioso.

Los grabados y las reproducciones de su cuadro más conocido, *El vagabundo bailando*, le habían hecho rico y famoso. Intentó no dejarse seducir por la atención recibida y los elogios, pero acabaron gustándole. Se acostumbró a estos privilegios y creyó que se los merecía. Se gastaba el dinero en cuanto lo ganaba. Se compró un Jaguar plateado y un apartamento en la avenida Madison, jerséis de cachemira de color gris perla y abrigos forrados de piel.

Se había distanciado de sus padres y de su hermana: había tenido algunas palabras subidas de tono con ellos de las que ya no se podía retractar. Como eran sus únicos familiares, había decidido formar una familia con sus amigos y con otros artistas. Celebraban el día de Acción de Gracias en Aspen y las Navidades en el Caribe. Volaban tan a menudo a Hawái que al final Jonathan acabó comprándose una casa en Maui, en la playa, una de las tres que poseía cuando se encontraba en la cima de su riqueza y poder.

Había creído que aquella situación duraría siempre. Que su dinero seguiría produciendo más dinero y que

sus propiedades aumentarían, al igual que sus amistades. Y que siempre podría mejorar su aspecto con la cirugía estética.

Pero un aciago año todo empezó a cambiar.

Y al final su mundo se vino abajo.

Sus amigos enfermaron y se fueron muriendo uno detrás de otro de un virus que nadie era capaz de identificar ni entender.

Parecía que en cuanto Jonathan pintaba a sus amigos—unos atractivos jóvenes con mejillas esculpidas y abundante pelo rubio— empalidecían y se convertían en fantasmas. Entraban en el hospital y ya no volvían a salir de él. En vez de ir a fiestas, iba a tanatorios, esos lugares horrendos que olían a lirios. Se quedaba en el fondo de la sala y observaba a familias de otros lugares del país—Kentucky y Misisipi— acercándose a sus hijos muertos lanzando unos gemidos que le romperían el corazón al tipo más duro. Eran los jóvenes con inquietudes artísticas que habían dejado su hogar para ser cantantes y actores. Pero ahora habían desaparecido, al igual que la vida que Jonathan creyó que siempre le iba a durar.

Más tarde contrajo una enfermedad degenerativa que le dejó ciego en cuestión de meses. Al principio, no podía leer el periódico, luego fueron los menús de los restaurantes. Y al final se descubrió siendo incapaz de pintar, no por falta de ideas, sino porque le costaba demasiado ver lo que trazaba. Cuando su agente comprendió que Jonathan no volvería a pintar nunca más, le abandonó en cuanto el mundo del arte se enteró de la noticia.

¡Estaba ciego! Para un artista plástico como él esto era peor que la propia muerte. Quedó reducido al invisible estatus de discapacitado. De la noche a la mañana se convirtió en un tipo solitario que vivía en habitaciones alquiladas y que necesitaba ayuda casi en cualquier aspecto de su vida.

La amargura que Jonathan sintió durante su ocaso como artista nunca desapareció. Desde entonces estaba lleno de bilis y despotricaba por cualquier razón. Todo le enervaba. Las llamadas inesperadas, los anuncios televisivos, un frasco de píldoras que le costara abrir. Algunas noches, mientras estaba en la cama, tenía que hacer un esfuerzo para recordar su vida anterior, ya que apenas quedaban testigos de ella.

¿Cómo había acabado en esa ruidosa vivienda de baja categoría, habitada por extranjeros ilegales y traficantes de drogas? Pensó en lo que sus amigos habrían dicho si pudieran verle, obligado a pagar al repartidor para que le trajera comida china barata.

Apenas era capaz de salir del apartamento, lo único que podía hacer era sentarse en una silla en el rellano, junto a la puerta de su casa, y fumarse sus puritos importados, uno de los pocos placeres que aún se podía dar.

Su vida cotidiana había quedado reducida a la cama, el baño, la silla junto a la entrada y el purito diario que se fumaba. *¿Tenía algún sentido llevar esta vida?*, se preguntaba.

Y lo que más le preocupaba es que no se le ocurría una buena respuesta.



Lupe se creía afortunada por gustarle la gente mayor, ya que ahora eran las personas con las que más tiempo pasaba. Sus abuelos eran sus más fieles compañeros. Después de cenar jugaba a cartas con su abuelo y escuchaba las historias que le contaba su abuela por la noche.

Se las sabía todas. Una trataba de cómo sus abuelos se conocieron en una cita a ciegas en el baile del pueblo. Su abuelo se presentó directamente, tras una larga jornada de trabajo en las obras de una carretera, y su abuela se negó a hablarle hasta que no se cambiara de ropa y se lavara el pelo.

También conocía la historia de su madre. Al venir de nalgas al nacer, el parto duró un día y una noche enteros, lo que dejó tan exhausta a su abuela que hizo llamar al sacerdote para suplicarle que Dios se la llevara al cielo. Otras historias iban de maridos infieles que acababan regresando a su hogar, y cuando no lo hacían, sufrían un terrible castigo (de Dios, decía su abuela) y perdían una pierna, una fortuna o se quedaban calvos de la noche a la mañana. Lupe no se cansaba de escuchar estas historias y sus tramas llenas de conflictos y sentido del honor. En las historias de su abuela el bien siempre acababa triunfando. Sus protagonistas no llegaban nunca a morir, aunque en la vida real la historia terminara de una forma muy distinta. A Lupe le gustaba que acabaran bien. Le hacían sentirse mejor, y su abuela lo sabía.

Los amigos de sus abuelos eran también *sus* propios amigos: la anciana señora González de pelo color granate, que salía repiqueteando del apartamento 102 apoyada

en un par de bastones para llevarles tortillas mexicanas recién hechas y cotilleos del vecindario. El señor Santana del 109, que había enviudado recientemente y se presentaba a la hora del desayuno para llorar en silencio mientras se tomaba un café con leche. Era el momento en que más echaba de menos a su mujer, decía. Los abuelos de Lupe tenían la costumbre de dejar entrar a todo el mundo en su casa, y ella solía ser la que los acompañaba a la sala de estar. Le encantaba la franqueza de las personas mayores, sus rostros surcados de arrugas y la forma de contar las verdades.

Pero esto no quería decir que no se muriera de ganas de tener amigas de su edad. Sobre todo en el colegio, donde aún no había encontrado un grupo que la aceptara.

Las niñas hispanas de su colegio parecían mayores que ella. Lupe en cambio todavía guardaba un animal de peluche en la casilla y aún no llevaba sujetador. La trataban con desprecio y la mayoría de veces ni siquiera reparaban en ella.

—Lupe aún es una niña pequeña. ¿No es verdad, Lupe? —le soltó Rita, una de las niñas más impertinentes, al pasar por su lado mientras ésta y sus compañeras estaban en el pasillo del colegio mascando chicle.

—No —respondió Lupe simplemente, procurando alejarse de ellas lo antes posible para que no advirtieran su desgastado vestido, que aunque su abuela se lo hubiera lavado y planchado, seguía teniendo un agujerito en la parte de atrás, o sus zapatos anticuados comprados en la tienda de artículos de segunda mano.

Pero Lupe estaba fascinada por las chicas orgullosas y rubias que predominaban en su colegio, las hijas acomodadas de médicos y dentistas de la ciudad que a ella le parecían princesas.

Estas chicas tenían unas madres igual de guapas que aparcaban sus todoterrenos en la entrada del colegio para dejar a sus hijas envueltas en una nube de perfume. Brie, una de ellas, era tan delicada y bella, y estaba tan segura de sí misma, que Lupe soñaba con ser su amiga. Brie era la personificación del éxito social, en la cafetería las otras chicas le guardaban un sitio en la cabecera de una mesa especial. Era la que marcaba tendencias cada temporada en cuanto a la ropa —aquel año estaban de moda las faldas negras cortas con volantes y las camisetas ajustadas que dejaban el ombligo a la vista—, y también en lo referente a las películas, los libros y los programas televisivos. Nunca parecía cansada o desanimada. Su rostro ovalado siempre estaba sonrosado y hacía resaltar sus ojos azules con la cantidad justa de maquillaje. Lupe jamás había visto a Brie cubierta de embarazosos granitos como a ella a veces le ocurría.

Una tarde reunió el valor para decirle a Brie: «Me encanta el color de tu camisa». Era de un tono azul celeste que le recordaba el cielo de su pueblo en México. Brie la miró, sin embargo, como si hubiera dicho la cosa más estúpida del mundo.

Lupe se sintió humillada, pero se contuvo para no echarse a llorar.

Recordó el consejo de su abuela sobre las adversidades y el poder de los pensamientos positivos y, poniendo

buena cara, sonrió a Brie pese a la mirada despectiva y escéptica que la chica le lanzó.

—¿Por qué *sonríe*? —le preguntó Brie a la amiga que tenía al lado, y las dos, dándose aires de grandeza, se alejaron riendo.